

# Confinamiento, silencio y poder: Mesalina en los *horti Luculliani*

MILAGROS PERIN

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires  
milagros.perin@gmail.com

Fecha recepción: 05/05/2023

Fecha aceptación: 11/07/2023

Los *Annales* ofrecen una gran cantidad de acontecimientos privados sucedidos en torno a la *domus principis* ocupada por el emperador Claudio y su tercera esposa, Valeria Mesalina, en el contexto del Imperio. Parece acertado afirmar que dichos acontecimientos fueron conocidos en la época (*Ann.* XI, 27) y quizás resulten “privados” solo desde la perspectiva actual, dada la escasa información que brindan otras fuentes, como las *Vitae* de Suetonio y la *Historia* de Dion Casio.

En el Libro XI de los *Annales*, Tácito se dedica extensivamente al tratamiento de la influencia que ejerció Mesalina sobre el emperador —y sobre varios otros miembros de la corte—, observación que se agudiza si recordamos que este libro nos ha llegado de manera fragmentaria e incompleta. No obstante, la figura de Mesalina y su representación literaria se ha construido cuidadosamente, a partir de lo cual surge el interrogante respecto de su participación discursiva en el texto. Si bien la narración la coloca en varias oportunidades en el centro de la acción, poco sabemos de sus palabras, intervenciones y pensamientos. Y esto no es menor cuando, al recorrer el texto, se descubre una gran pluralidad de voces que interviene activa o pasivamente, pero que interviene al fin; incluso se hacen presentes las voces de los *liberti* y de las *paelices*. ¿Por qué, entonces, desconocemos la voz de Mesalina, la emperatriz?

Si bien la intención de escribir acerca de las palabras y acciones de Mesalina postula un problema general de interpretación, dado que, como señala Joshel “the actions assigned to agents in ancient sources depend on the rhetorical strategies of male authors” (1995: 56), en este caso la propuesta radica en analizar las características discursivas y lingüísticas de las intervenciones, activas o pasivas, que realizan personajes como Mesalina, Claudio, los libertos y las cortesanas, al tiempo que se examina el o los modos de distribución de la palabra y, finalmente, los espacios en los que aquellas voces se efectivizan, particularmente en los capítulos 28-38 del libro.

## | *Damnata ante quam rea*

En la gran mayoría de las representaciones textuales de Mesalina que realiza Tácito prima el accionar en detrimento del discurso, afirmación que puede realizarse a partir de lo estudiado por Joshel, que manifiesta el carácter de “pantalla discursiva” en que denota el agenciamiento femenino: “In Messalina’s case, woman’s vision, action, and voice function

as a discursive screen that displaces female agency [...]. Ironically, Messalina may be more absent than if she was not in the narrative at all" (1995: 58-59). Y quizás esta falta de intervención discursiva sea la razón por la cual el autor debe recurrir a un *excursus* en el que expresa su adhesión a lo que pueda pensar cualquier lector:

Haud sum ignarus fabulosum visum iri tantum ullis mortalium securitatis fuisse in civitate omnium gnara et nihil reticente [...]. Sed nihil compositum miraculi causa, verum audita scriptaque senioribus tradam. (*Ann.* XI, 27)

No desconozco que parecerá increíble que semejante seguridad existiera para algunos de los mortales en una ciudad que sabe todo y que nada calla [...]. Pero nada de esto es invención, pues presento lo que oí y lo que escribieron los antiguos.

Ante esta incredulidad, y bajo el completo desconocimiento de Claudio, se desarrolla el amorío y posterior boda entre Mesalina y Silio.<sup>1</sup> En el mismo capítulo Tácito narra en primera persona la ceremonia nupcial, cargada de infinitivos que aceleran el relato (*illam audisse auspicum verba, subisse, sacrificasse apud deos* [que aquella escuchara las palabras de los augures, entrara a la casa del esposo, hiciera sacrificios a los dioses]), hasta la conclusión de una imagen erótica de amor conyugal desenfrenado (*discubitu inter convivas, oscula complexus, noctem denique actam licentia coniugali* [reclinado entre los comensales, con besos y abrazos, finalmente, una noche seguida por el placer conyugal]), que se cierra con la *auctoritas* de las fuentes a las que apela frente a lo "fabuloso" de lo narrado. En consonancia con Reymond: "Since most of his ancient readers would have been well acquainted with the ceremony, Tacitus has the freedom to skip over certain parts and include only those points which aid his purpose. [...] The asyndeton, starting with *audisse*, adds to the sense of speed and brevity surrounding the description" (2000: 65-66). El papel de Mesalina es pasivo discursivamente, pues únicamente oye (*audisse*) y, en última instancia, solo se cuenta su accionar ante los ritos ceremoniales.

Es a partir del capítulo siguiente, en lo particular de este episodio, que comprendemos el poder discursivo de Mesalina: ante el horror que embarga a la *domus principis*, los rumores son cada vez más fuertes y ya no tan secretos; el miedo se impone y resulta manifiesta la necesidad de evitar que la emperatriz pudiera excusarse ante Claudio:

Subibat sine dubio metus reputantes hebetem Claudium et uxori devinctum multasque mortes iussu Messalinae patratas: rursus ipsa facilitas imperatoris fiduciam dabat, si atrocitate criminis praevaluissent, posse opprimi damnatam ante quam ream; sed in eo discrimen verti, si defensio audiretur, utque clausae aures etiam confitenti forent. (*Ann.* XI, 28)

Sin duda sobrevenía el miedo a quienes pensaban que Claudio era un idiota, atado a su esposa, y que muchas muertes habían sido llevadas a cabo por orden de Mesalina: una vez más la misma facilidad daba la confianza del emperador, si hubiesen prevalecido por la atrocidad del crimen, que podía ser aplacada como juzgada antes que como rea; pues en esto se debatían: si se oiría la defensa, de modo que también para la que se confesaba los oídos estuvieran cerrados.

No resulta ya tan increíble, por lo tanto, considerar que la supresión de su voz sea un hecho fortuito o descuidado de la narración: "[it is] Tacitus's construction of her excessive desire [...], of her violence, and of her ambiguous voice that moves the narrative but is essentially mute" (Joshel, 1995: 52), pues es su palabra persuasiva la que la ha librado ya de

<sup>1</sup> Para un análisis sobre la legalidad de esta unión y sus implicancias sobre el matrimonio imperial, véase del Castillo (2013).

numerosas acusaciones (*Ann.* XI, 28). Por ello, entonces, entran en escena los libertos fieles a Claudio—más fieles, en verdad, a los botines otorgados por quien ostenta el poder— que se debaten en esta situación por el mejor curso de acción. Ante la decisión de hacerle llegar la noticia a Claudio, que se hallaba en Ostia, Palas y Calisto *metu desistunt*, mas Narciso opta por continuar con la misión, aunque otorgando la engorrosa delación a las cortesanas cercanas al emperador, pues, como bien apunta Reymond, no son hombres de acción, sino que siempre operan detrás de escena (2000: 72):

Ipse ad occasiones intentus, longa apud Ostiam Caesaris mora, duas paelices, quarum is corpori maxime insueverat, largitione ac promissis et uxore deiecta plus potentiae ostendendo perpulit delationem subire (*Ann.* XI, 29).

Él mismo, aprovechando la ocasión, dada la extensa demora del César en Ostia, urgió que dos cortesanas, a cuyos cuerpos él se había acostumbrado particularmente, realizaran la delación, exhibiendo más poder con dispensaciones y promesas, estando la esposa distraída.

El léxico denota en este punto el lugar que se le ofrece a los *liberti* y a las *paelices* para expresar sus voces. Tanto Calpurnia como Cleopatra gozan de la oportunidad de dirigirse directamente a Claudio, si bien en capacidad de deladoras, y la narrativa tacitea lo manifiesta principalmente a través del léxico verbal: Calpurnia “exclama” sobre las bodas de Silio y Mesalina (Reymond, 2000: 75), Cleopatra “afirma” ante el César lo que se le ha pedido constatar. Narciso, una vez llamado, “pide perdón” por errores del pasado y se rehúsa a “acusar” un adulterio nuevamente. Incluso contamos aquí con un discurso directo del mismo liberto, que se dirige abiertamente al César, instándolo a tomar cartas en el asunto para evitar que Silio se haga con el poder.

Exim Calpurnia (id paelici nomen), ubi datum secretum, genibus Caesaris provoluta nupsisse Messalinam Silio *exclamat*; simul Cleopatram, quae id opperiens adstabat, an comperisset interrogat, atque illa *adnuente* cieri Narcissum postulat. Is *veniam* in praeteritum *petens* [...] nunc adulteria *obiecturum ait*, ne domum servitia et ceteros fortunae paratus reposceret. Frueretur immo his set redderet uxorem rumperetque tabulas nuptialis. ‘An discidium’ *inquit* ‘tuum nosti? nam matrimonium Silii vidit populus et senatus et miles; ac ni propere agis, tenet urbem maritus.’ (*Ann.* XI, 30 [el destacado es propio]) Entonces Calpurnia (así se llamaba la cortesana), una vez informada y postrada ante las rodillas del César, exclama que Mesalina se había casado con Silio; al mismo tiempo él interroga a Cleopatra, que estaba cerca aguardando esto, si sabía estas cosas y, tras afirmarlo, pide que Narciso se presente. Este, pidiendo perdón por cosas del pasado [...] le dice que no debe delatar el adulterio en ese momento, para que (Silio) no le demandara su casa, sus servidores y las restantes cosas de su fortuna. Por el contrario, disfrutaría de estos, pero regresaría la esposa y rompería las tablas nupciales. “¿Acaso no ves el problema? Pues el pueblo y el senado y los soldados vieron la boda de Silio; si no actúas rápidamente, el marido tendrá la ciudad”.

Finalmente, el capítulo 31 permite demostrar con claridad otro modo en que se silencia la voz de Mesalina: mientras el emperador convoca a sus amigos y generales, a unos envía al recinto militar y a otros interroga, la emperatriz se encontraba celebrando un “simulacro de vendimia” *per domum* (*Ann.* XI, 31), y en ningún momento “se la oye”, ni siquiera de manera referida. Contrariamente, se la retrata una vez más relevando sus acciones y calificándolas bajo un aura dionisíaca, comparándola a ella y a su séquito con Bacantes; todo ello en clara oposición a los asuntos “serios” que ocupan a Claudio y en un ámbito de combate por el poder, poder vehiculizado por el discurso:

Tum potissimum <quemque> amicorum vocat [...]. At Messalina non alias solutior *luxu*, adulto autumnum simulacrum vindemiae *per domum celebrabat*. Urgeri prela, fluere lacus; et feminae pellibus *accinctae adsultabant ut sacrificantes vel insanientes Bacchae*; ipsa crine *fluxo thyrsum quatiens*, iuxtaque Silius *hedera vinctus, gerere cothurnos, iacere caput, strepente circum procaci choro*. (*Ann.* XI, 31 [el destacado es propio])

Entonces llamó a sus mejores amigos [...]. Pero Mesalina, no más entregada a otras cosas más que el lujo, celebraba un simulacro de la vendimia por la casa en octubre. Se oprimen las prensas de las uvas, se llenan las vasijas; y las mujeres, ornadas en cuanto al cabello, saltaban como en los sacrificios o como enloquecidas bacantes; ella misma, con el pelo suelto, agitando el tirso, y cerca Silio, coronado con hiedra, llevaban coturnos, agitaban la cabeza, rumiando alrededor el insolente coro.

Aquí también la acumulación de infinitivos y participios acelera la narración y otorga a la conclusión del capítulo un sentido de desmesura y de locura en el que podría hallarse otra razón de su silenciamiento.

## | Diversas voces

Conviene analizar a continuación los canales discursivos observables en estos capítulos. A través del propio Tácito conocemos algunos pensamientos que pueden haber rondado las mentes de muchos personajes, algunas opiniones y también ciertos juicios. Por otro lado, también se cuenta con los coloquios sostenidos por dos o más personajes, que se instalan como efectivamente sucedidos, referidos indirectamente o incluso ficcionalmente citados. A todo ello se suma el poder del rumor, las voces anónimas que reverberan en la *domus principis*, tan horrorizada por las acciones de Mesalina —y el poder o la locura que ostentan—, que se enciende estrepitosa, olvidando los tiempos de silenciosa afirmación (*fuisse in civitate omnium gnara et nihil reticente* [*Ann.* XI, 27]).

Como ya se ha mencionado, contamos con el recuento narrativo de las consideraciones y el accionar de los *liberti*, en el capítulo 29, frente a la necesidad de informar a Claudio sobre el comportamiento de su esposa. Allí es posible observar la profundidad con la que Tácito analiza y retrata la psiquis de los personajes, en pos de una buena razón para evitar al César:

*Ac primo Callistus, [...] Narcissus [...] Pallas agitavere, num Messalinam secretis minis depellerent amore Sili, cuncta alia dissimulantes. Dein metu ne ad perniciem ultro traherentur, desistunt, Pallas per ignaviam, Callistus prioris quoque regiae peritus [...]: perstitit Narcissus, solum id immutans ne quo sermone praesciam criminis et accusatoris faceret.* (*Ann.* XI, 29 [el destacado es propio])

Y primero Calisto [...], Narciso [...] y Pallas se debatieron si debían separar a Mesalina del amor de Silio con suaves palabras, disimulando el resto de las cosas. Luego, para que al final no terminaran en desgracia, desistieron por el miedo, Palas por ociosidad, Calisto experimentado también por la anterior familia real [...]: se mantuvo en curso Narciso, alterando solamente esto, para que con esa palabra no se hiciera presa del crimen y del acusador.

Pero si ellos, como también las cortesanas en el capítulo posterior, gozan de cierto nivel de transmisión de su palabra —más allá de la veracidad de que dispongan—, lo contrario le sucede a Mesalina, constantemente silenciada por el relato de sus acechanzas, celebraciones o elucubraciones pasadas. No obstante, esta mirada muta significativamente al tiempo que nos acercamos al fin de su vida: es a partir del capítulo 32, cuando, en verdad, ya ha sido condenada por

la opinión popular e imperial, que comienzan a manifestarse textualmente ciertos indicios discursivos que la separan de la mera *opinio*: “Non rumor interea, sed undique nuntii incedunt, qui gnara Claudio cuncta et venire promptum ultioni adferrent” [Mientras tanto llegan, no rumores, sino anuncios de todas partes, que presentan estas cosas desconocidas para Claudio y lo hacen venir al punto para la venganza] (*Ann.* XI, 32). El rumor, en su doble posibilidad de “verdad” o “engaño”, se transforma en anuncio, valor que se encuentra reforzado por el regreso sin demoras del emperador a la *domus*. De este modo, en el capítulo 34 se hacen presentes los “gritos” de Claudio, junto con las exclamaciones de Vitelio (a quien se le otorga un breve discurso directo), que nuevamente demuestran de qué modo se distribuye la palabra y en qué contextos:

Crebra post haec fama fuit, inter *diversas principis voces*, cum modo *incusaret* flagitia uxoris, aliquando ad memoriam coniugii et infantiam liberorum revolveretur, non aliud prolocutum Vitellium quam 'o facinus! o scelus!' instabat quidem Narcissus aperire ambages et veri copiam facere [...] (*Ann.* XI, 34 [el destacado es propio])

Luego de estas cosas, repetido fue el reporte, entre los muchos gritos del príncipe, de cómo se endilgarían las faltas de la esposa, cuando por momentos se volvía al recuerdo del matrimonio y a la infancia de sus hijos, Narciso instaba a Vitelio, que no decía más que “¡Oh, crimen! ¡Oh, vicio!” para que hablara claramente y ofreciera la verdad.

## | Lucullianis in hortis prolatare vitam

En este punto entran en juego los últimos acontecimientos de la vida de Mesalina, a la que, tras una muerte garantizada, se le otorga la posibilidad, aunque sea superficialmente, de demostrar el poder de su discurso: el poder que su palabra puede ejercer a la hora de torcer las determinaciones y que hasta podría haberla salvado.

En primer lugar, no es casual que su capacidad discursiva emerja donde lo hace: en el transcurso de cinco capítulos, dos veces son nombrados los Jardines de Lúculo, cuya historia conocemos a partir del capítulo primero del mismo libro:<sup>2</sup> “Nam Valerium Asiaticum, bis consulem, fuisse quondam adulterum eius credidit; pariterque hortis inhians, quos ille a Lucullo coeptos insigni magnificentia extollebat, Suillium accusandis utrisque immitit” [Pues se creyó que Valerio Asiático, dos veces cónsul, había sido una vez su adúltero. Y [sc. Mesalina] recelando igualmente los jardines, que por él habían sido llevados a una insigne magnificencia iniciada por Lúculo, instigó a Silio para acusar a uno y a otro] (*Ann.* XI, 1). Por lo tanto, en cuanto ganancia obtenida a partir de sus “variadas intrigas”, no resulta arbitrario que este espacio, su espacio, sea el escenario literario en el que se representen sus últimas palabras, elevado el velo del silencio. De acuerdo con von Stackelberg, que dedica un extenso trabajo al análisis del valor retórico y topográfico de los Jardines, “Tacitus’s synthesis between contemporary topographical politics, garden transgressions, and performative space in his account of Messalina’s ruin concentrates the reader’s attention on the Horti Luculliani. [They], however, have a topographical prominence commensurate with their rhetorical value” (2009: 596).

Posteriormente, y tan pronto como el rumor se hace anuncio veraz y todo ello llega a oídos de Claudio, los amantes se separan en direcciones opuestas:

<sup>2</sup> Para una historia del origen de los Horti Luculliani y sus sucesivos propietarios, véase von Stackelberg (2009: 597-602).

Igitur Messalina Lucullianos in hortos, Silius dissimulando metu ad munia fori digrediuntur. [...] Messalina tamen, quamquam res adversae consilium eximerent, *ire obviam* et *aspici* a marito, quod saepe subsidium habuerat, haud segniter *intendit misit*que ut Britannicus et Octavia in complexum patris pergerent. (Ann. XI, 32 [el destacado es propio])

En consecuencia, Mesalina parte hacia los Jardines de Lúculo, Silio, para disimular el miedo, hacia los confines del Foro. [...] Sin embargo, Mesalina, aunque los acontecimientos adversos le consumieran la razón, intentó presentarse y ser vista por el marido sin dilación, lo que a menudo había sido de ayuda y los envió para que Británico y Octavia llegaran a la presencia del padre.

Mesalina comienza a urdir el modo de defenderse ante el emperador, como se considerara realmente en peligro. Nuevamente el léxico verbal ofrece sustento a la hora de indicar que la escritura se focaliza en las acciones de Mesalina, más que en su discurso, y en ocasiones de forma marcadamente pasiva. Decide presentarse ante él (*ire obviam*), ser vista por su marido (*aspici*) y, asimismo, enviar a los propios hijos para interceder a su favor. Incluso Ubidia, la virgen vestal, rogó y pidió clemencia (*oravit pontificis maximi aures adire, clementiam expetere*), mientras la propia Mesalina emprendía el camino que la separaba de Claudio en una casi completa soledad (*id repente solitudinis erat*).

Este *locus* intermedio, la *via* que se extiende entre el carro de Claudio y la salida de Mesalina de la ciudad, comporta también un espacio de interés crítico, habida cuenta de que no puede ser estrictamente circunscripto en cuanto lugar puramente masculino o femenino. Los personajes y sus roles se entremezclan en este camino que será crucial para la condena de la emperatriz: la distancia ensordece sus primeros ruegos, al tiempo que otorga a los *liberti* la posibilidad de ir “vaciando” de obstáculos el trecho que separa a Claudio de su propio espacio de poder y de juicio, la *domus*:

Et iam erat in aspectu Messalina *clamitabat*que audiret Octaviae et Britannici matrem, cum obstrepere accusator, Silius et nuptias referens; [...]. Nec multo post urbem ingredienti *offerebantur* communes liberi, nisi Narcissus amoveri eos iussisset. *Vibidiam* depellere nequivit quin multa cum invidia flagitaret ne *indefensa coniunx* exitio daretur. (Ann. XI, 34 [el destacado es propio])

Y Mesalina ya estaba en su presencia y le gritaba que oyera a la madre de Octavia y Británico, cuando resuena la voz del acusador, que retorna al asunto de Silio y de las bodas; [...]. Y los hijos en común hubiesen sido ofrecidos por la que ingresaba no mucho después a la ciudad, si Narciso no hubiese ordenado que fueran removidos. No pudo alejar a Ubidia, sino que más bien lo objetaba con gran resentimiento para que no se le diera muerte a una esposa indefensa.

Una vez agotadas las instancias de posible diálogo de la pareja imperial, mayormente por obra y gracia de los libertos, la narración regresa al escenario de los *Horti Luculliani*, en el que nuevamente el análisis léxico y lingüístico ofrece evidencia en torno a la relación recíproca de empoderamiento entre espacio y discurso; de acuerdo con el análisis de von Stackelberg, “The Horti Luculliani appear to be employed as a framing device for Messalina’s actions, signifiers of both the zenith and nadir of Messalina’s influence” (2009: 603). Así, la pérdida de su libertad resulta inversamente proporcional al mayor ejercicio de la palabra: una vez juzgada –podría pensarse–, el valor de su discurso es completamente nulo, por lo cual no tiene sentido silenciarla:

Interim Messalina Lucullianis in hortis *prolatare* vitam, *componere preces*, non nulla spe et aliquando ira: tantum inter extrema superbiae *gerebat*. Ac ni caedem eius Narcissus properavisset, *verterat pernicies* in accusatorem. Nam Claudius domum regressus et tempestivis epulis delentus, ubi vino incaluit,

iri iubet nuntiarique miserae (hoc enim verbo usum ferunt) *dicendam ad causam postera die* adesset. (Ann. XI, 37 [el destacado es propio])

Entretanto Mesalina dilataba su vida en los Jardines de Lúculo, componía plegarias, con alguna esperanza y por momentos con ira: semejante soberbia demostraba hacia el final. Pues, si Narciso no hubiera apresurado su muerte, habría perdido a su acusador. Entonces Claudio, tras regresar a la casa y gozar de un oportuno banquete, una vez que se enciende por el vino, ordena que vayan y anuncien a la desdichada (en efecto dicen que usó esta palabra) que se presente al día siguiente para presentar su caso.

Y quizás como última manifestación de su poder que languidece es que Mesalina intenta morir por mano propia, luego de reflexionar sobre las posibilidades de su destino: “Tunc primum *fortunam suam introspevit* ferrumque accepit, quod frustra iugulo aut pectori per trepidationem admovens ictu tribuni transigitur” [Entonces, en primer lugar, consideró su destino, y agarró el puñal que, dirigiéndolo en vano a su cuello o al pecho por la agitación, es asestado por el golpe del tribuno] (Ann. XI, 38 [el destacado es propio]).

Siguiendo a Reymond (2000: 116-117) se puede subrayar el carácter abrupto de su muerte (“The delay of the words until the end of the sentence enhances the sudden shock of the blow, both to the reader and to Messalina”), en estrecha relación con aquellas situaciones anteriormente comentadas en que la rapidez y la sucesión de las acciones pone de manifiesto cierto “apuro” por cerrar la narración de los hechos.

Se ha podido señalar hasta aquí de qué modo se distribuye la palabra en este episodio, primando marcadamente las voces de los libertos en detrimento de los demás personajes; mediante qué canales se transmiten las voces imperantes, desde los pensamientos u operaciones mentales relatadas hasta los discursos referidos e incluso directos; cómo la posibilidad de hablar se presenta, particularmente para Mesalina, en un espacio determinado que se vincula tanto con el poder ostentado antaño como con el confinamiento inmediatamente anterior a su muerte. Los trabajos y análisis en torno a esta figura se han dedicado, en gran medida, a la búsqueda de más razones para condenar a la emperatriz o al simple señalamiento de sus culpas, como también, y contrariamente, a la defensa de su persona desde la perspectiva de los estudios más recientes, en un intento por indagar las causas de su carácter, en un contexto particular y en relación con el entorno.

Si bien el trabajo expuesto es poco más que indicador de la problemática del discurso y de sus agentes, se trata de otra aproximación que, en conjunto con otros estudios, busca en la materia textual respuestas a los interrogantes planteados al comienzo. Este aspecto, junto con la lucha entre lo público y lo privado, y sus transgresiones, la ostentación del poder simbólico y real, el ejercicio de la palabra que denuncia, defiende y silencia en territorios delimitados, son aspectos claves para pensar y analizar, no solo este corpus, sino el conjunto de los *Annales* de Tácito.

## | Bibliografía

- del Castillo, A. (2013). Reflexiones sobre el matrimonio de Valeria Messalina y Cayo Silio en el año 48. *Latomus* (t. 72, fasc. 3, pp. 711-724).
- Fisher, C. D. (Ed.). (1906). *Cornelii Taciti Annalium ab excessu Divi Augusti Libri*.
- Furneaux, H. (1896, 1907). *The Annals of Tacitus* (2 volúmenes, 2ª ed). Oxford.
- Heubner, H. (1994). *Cornelii Taciti libri qui supersunt* (tomo 1). Stuttgart.
- Joshel, S. R. (1995). Female Desire and the Discourse of Empire: Tacitus's Messalina. *Signs*, 21(1), 50-82.
- Reymond, N. (2000). *Meretrix Augusta: The Treatment of Messalina in Tacitus and Juvenal*. Ontario.
- Von Stackelberg, K. T. (2009). Performative Space and Garden Transgressions in Tacitus' Death of Messalina. *The American Journal of Philology*, 130(4), 595-624.